tura y hemos admirado sus esfuerzos por atraerla á su verdadero objeto; ya hemos visto el impulso que tomó bajo su influencia, y cuánto se dedicaron á ella haciéndola servir para moralizar los pueblos, y no será la última vez que en nuestra obra nos ocupemos de esta interesante materia; pero habiendo necesidad de ocuparnos de los demas ramos sociales y del modo como los puso el clero en juego para hacerlos servir al bien de la humanidad, nos vemos precisados á cortar el hilo de nuestro relato para revistar los demas elementos civilizadores y reseñar los trabajos del clero por hacerlos servir á su objeto: así, pues, veremos de anotar el estado de las ciencias y bellas artes, y la forma que en ellas introdujo, y los auxilios que á éstas prestó, y el modo como hizo servir unas y otras al esplendor de la sociedad, como habia hecho con la literatura, suplicando á nuestros enemigos que tengan presente que quien tanto se desvela por elevar un principio, por dar dignidad á una institucion, lejos de ser su enemigo debe considerársele como su mejor amigo, como su patrono, como su protector.

CAPITULO IV.

INCREMENTO QUE DIÓ EL CLERO Á LAS CIENCIAS Y BELLAS ARTES.

El velo denso de la ignorancia cubria la faz de la Europa, y el error mas grosero embargaba todos los espíritus y dominaba en todas las almas; el imperio de la fuerza, el espíritu de conquista, el reinado de la guerra lo absorbia todo, y nadie se cuidaba mas que de asolar, esclavizar, combatir y dominar. Era llegado el reinado de la iniquidad y la materia, y los goces mas groseros se sobreponian á los dulces placeres del espíritu, á la investigacion de la ciencia. Así es que, sin embargo del impulso que debieran recibir con la comunicacion de tantos pueblos, sin embargo del incremento á que debian llegar y del rápido vue-

lo que debian tomar con las relaciones que la aglomeracion de tantos paises, de costumbres y producciones diferentes como habian invadido la Europa, muy lejos de prosperar las vemos debilitarse, y en un estado de inaccion que las conducia á pasos agigantados á su ruina; su muerte era inevitable si una mano poderosa y fuerte no venia en su auxilio. Por fortuna no todas las clases estaban gastadas, y la civilizacion romana tenia en medio de aquella borrasca un puerto de salvacion, una tabla de refugio y en ella se salvó, á él acudió buscando auxilio.

La catástrofe que habia envuelto en su ruina y entre sus escombros la Europa entera, destruyendo los monumentos de su civilizacion, y agostando y asolando al soplo abrasador de la guerra las mas hermosas flores del campo del saber, los mas bellos descubrimientos de la inteligencia, los ricos trabajos de las ciencias, respetó una clase del Estado que fué la única que por su dignidad, por su energía, por su instruccion debia hacerla frente, oponer un dique á sus asolaciones y preservar así la civilizacion y las ciencias para colocarlas despues en su verdadero estado de progreso, y esta clase fué el clero. Hemos dicho que al clero acudian todas las clases fuertes y los espíritus robustos, que llenos de vigor declaraban una guerra sin tregua á la ignorancia y al vicio; hemos dicho que en las filas del sacerdocio sentaban plaza cuantos

disgustados de la molicie del mundo y de los escesos del siglo sentian en su alma un deseo ardiente de elevarse á las regiones sublimes de la virtud; y hemos dicho que las mas fogosas de estas almas, los espíritus mas perfectos buscaban en los goces de la soledad y en las espesuras de los desiertos su recreo en el santo ejercicio de la contemplacion, en los goces del espíritu; y hemos, finalmente, reseñado sus trabajos y sus ocupaciones, y por ellas hemos visto que, contra lo que se afirma en este siglo de cínico descaro, los clérigos y los monjes, lejos de ser holgazanes y vagabundos, el tiempo que vacaban de la oracion lo consagraban al estudio y al trabajo, dejando así de alabar al Señor para ocuparse en ser útiles á sus hermanos en las ciencias y á la sociedad, enseñándola los inagotables tesoros de la virtud del trabajo. Pues bien, á estos debe la Europa su civilizacion y el incremento en que tenemos las ciencias.

Para probar esta proposicion tenemos muy pocos esfuerzos que hacer, y menos aún si se tiene en cuenta lo que llevamos dicho en otros capítulos de esta obra; pero olvídese todo lo pasado, no se haga cuenta de sus trabajos en épocas y siglos anteriores, que eso en nada entorpece ni contiene nuestra pluma. Sabemos que el clero tiene la alta mision de marchar al frente del mundo y llevar el progreso intelectual hasta la sublimidad de

su apogeo, y sabemos que no ha faltado jamas á su vocacion, y que siempre, siempre ha llenado cumplidamente sus deberes, y por tanto no ignoramos que todos los siglos, todos los años, todos los dias escribe en los fastos del mundo, con la tinta indeleble de los hechos y de los monumentos, pruebas eternas de esta verdad; y así es que nos sobran razones para apoyarla, cualquiera que sea la época que nos propongamos analizar, y por lo mismo no queremos se tomen en consideracion los tiempos pasados ni los hechos con que el clero los ilustró, ni que aquellos trabajos se tengan en cuenta de estos siglos; aquellos brillaron allí, y allí resplandecen, son las obras de nuestros primeros padres; despues vienen las de sus sucesores, y llegarán las nuestras, y veremos si en algo se ha desmentido su mision civilizadora, y si han degenerado los hijos del espíritu de los padres, y finalmente, si ahora como entonces ha cultivado el clero las ciencias y se ha consagrado al estudio y al saber.

Sabemos y creemos que todo el mundo convendrá con nosotros, en que para esponer hechos es indispensable estudiar filosóficamente el siglo en que tuvieron lugar, y analizarlos comparándolos con cuanto en él sucedia; y porque sabemos que esta es la mejor prueba, á ella apelamos y de ella nos vamos á valer, presentando frente á frente unos trabajos de otros, los del clero y los de los

seglares, para que de este exámen comparado podamos sacar en limpio la verdad, que de seguro, entre tantas tinieblas, aparece tan hermosa y sorprendente como el meteoro en la oscuridad de la noche, y no podrá menos de hacer triunfar la justicia de la calumnia, y cerrar los labios y atar la lengua de los detractores, obligándolos á confesar su error; y si su orgullo no quiere doblegarse á esta humildad, su vergüenza se encargará de confesarla con su silencio, y el desprecio de los hombres sensatos de vindicar la razon, al paso que el clero de perdonarlos y pedir al Señor que ilumine sus almas atrayéndolas al buen camino y á la verdadera ciencia, que consiste en el santo temor de Dios, sin el cual ni hay virtud ni felicidad en la tierra, ni hay ni puede sabiduría posible, sino vanidad, miseria, necio orgullo, y sobre todo *perdicion.*

Pasemos, pues, á tratar de las ciencias para llevar á término nuestro propósito y esclarecer nuestro aserto. Empezaremos, por tanto, por la geografia, puesto que el aglomeramiento de tantas razas debió necesariamente inducir á la idea de estudiar los paises de donde procedieron, en razon á que hablarian de producciones, de vegetacion, de frutos, traerian costumbres, ceremonias, usos y demas que el hombre lleva consigo donde quiera que camina; y por esto no podemos menos de confesar que los viajeros son donde quiera la re-

presentacion de su patria y la historia compendiada de su civilizacion. Así, pues, nos ha parecido dar á esta ciencia un lugar preferente, y empezaremos confesando, que nadie emprendió la tarea de describir el mundo científicamente, escepto el clérigo Egipcio Cosmas, llamado *Indicopleustes* por los viajes que hizo á la India y á la Etiopía, y que tiene ademas la gloria de haber sido el primero que hace mencion de Ceilan, nombrándola con la mayor claridad.

Para dar una idea cumplida de este trabajo, conviene á nuestro propósito manifestar la escuela que el autor seguia; y al efecto, diremos: que Lactancio, S. Agustin y el Crisóstomo, creyendo el sistema astronómico de Tolomeo, en contradiccion con las divinas letras, por lo mismo que establecia la redondez de la tierra y publicaba la existencia de los antípodas, se propusieron formar otro sistema diferente que rechazase estos errores, sin tener en cuenta que los libros sagrados prometen al hombre la salvacion y no la ciencia, y que el Señor entregó el mundo á la discusion de los hombres, y no vino á hacerlos matemáticos sino cristianos. Cosmas siguió sus huellas y se afilió en su escuela; y así es que tomó por su cuenta demostrar que la opinion de Tolomeo era una opinion impía, y encabezó su trabajo sentando por principio que la tierra es plana y su forma la de un paralelógramo de doble longitud que latitud; se encuentra

rodeada del Océano, que se abre por ella cuatro pasos; el Mediterráneo, el mar Caspio y los golfos arábigo y pérsico: al otro lado del Océano se encuentra otro mundo inaccesible, y del que, sin embargo, fué habitada en otro tiempo una parte; pues allí es donde se encuentra al Oriente el Paraiso terrenal con los cuatro rios que en la actualidad corren por canales subterráneos y desembocan en nuestro mundo posdiluviano. Luego habla de Adam y el arca de Noé, y dice que está cercado el mundo de una gran muralla que, encorvándose, forma los cielos; el sol y la luna hacen su curso sobre ellos, y no dan vuelta, por estorbárselo la gran muralla; pero sí verifican su rotacion sobre una montaña cónica, de elevacion desmesurada, que se halla al Norte; y que los dias alargan ó disminuyen, segun que el sol se eleva ó declina en su salida de la montaña, formándose así el invierno y el verano. Luego esplica las fases de la luna, los eclipses y demas fenómenos celestes, de una manera tan estravagante como ingeniosa, y concluye con afirmar, que el sol es apenas la octava parte de la tierra. Sin embargo de tan ridículo sistema, él fué el primero que en estos tiempos habló de geografia, y una prueba de que el clero cultivaba las ciencias esclusivamente.

La medicina estaba envuelta en mil errores, y el pueblo obtenia las curaciones que la ciencia no sabia proporcionarle, acudiendo para los males de

la vista al sepulcro de S. Martin de Tours, ó á las lámparas; para las intermitentes veneraba las cenizas de S. Deodato y las reliquias del santo obispo Juan de santa Ida; y otras eran poderosos preservativos para otras muchas enfermedades. La legislacion de los godos opone infinitas trabas á los médicos [1], como puede verse en los códigos de esta nacion, probándose así que se cuidaban más de herir que de curar.

La legislacion se resentia asimismo de grandes defectos, y mereció su restauracion como todas las demas ciencias del clero: para demostrar esta verdad, será muy conducente descender á registrar los hechos, y presentaremos, como siempre, á la historia como la garantía de nuestro aserto. El antiguo imperio, en su desquiciamiento, fué invadido por los germanos, y estos pueblos trajeron á su seno la idea de una monarquía, que fué á la vez guerrera y religiosa; guerrera en tanto que los hombres de armas se agrupaban en torno del más fuerte: religiosa, porque el rey se escogia de entre los que se creian descendientes de dioses ó semidioses: libre en el primer sentido y heridataria en el segundo. En el territorio invadido encontraron un monarca representante de un pueblo, cuya religion imponia el deber de obedecerle, y le

1 Ut quod de eo facere voluerint, habeant potestatem, lib. XVI.—XI.

hacia considerar como el representante de la divinidad. Tanta grandeza hirió sus imaginaciones groseras y aspiraron á imitarla; de aquí nació que se rodearon de su pompa, que conservaron su administracion, su sistema rentístico, su vasta unidad; por esto vemos producirse en las instituciones de los pueblos invasores, un admirable contraste, una mezcla sorprendente de costumbres bárbaras y leyes humanitarias, de ideas salvajes y civilizadoras; en una palabra, de la cultura romana y los ocios de las selvas, y por eso los vemos querer figurar como representantes del Estado é imágenes de Dios.

Así pues, fundando algunos de ellos su derecho en la fuerza, los vemos acudir á legitimarle por medio de la religion, haciéndose ungir por el sacerdote; de este modo fué como Carlo Magno restauró el símbolo político y reinó en nombre de Dios, y desde entonces se aplicó á repeler los invasores y á establecer la unidad de gobierno; tal fué el modo como separa la madre de la hija, rompió el vínculo que unia las ciudades soberanas y la civilizacion antigua de la moderna; aquella representada por los decrépitos y degenerados emperadores de Bizancio, y ésta guiada por el pontífice que se ponia á su frente para dirigirla, confiriendo al rey el poder supremo. Cierto es que toda autoridad emana de Dios; y por tanto nadie mejor que el gefe de la Iglesia puede representar

este poder, que es el símbolo de esta autoridad; por tanto, debe considerársele como el soberano de toda la humanidad reunida en la Iglesia universal. Este poder fué desde entonces considerado temporal y espiritualmente; y así como confiere parte de éste á los obispos que le ejercen bajo su dependencia, así confiere aquella al emperador que debe ejercerla bajo su direccion, haciéndole gefe de los bienes temporales, reservándose el derecho de velar por su recta y justa administracion, porque él es el encargado por Dios de dirigir las conciencias y velar por la moral y la justicia; por esto vemos á la autoridad pontificia fallando en las disensiones entre los reyes unos con otros, y entre los reyes y los pueblos.

Aunque á la simple narracion de estos sucesos vemos los infinitos beneficios que el clero hizo á la humanidad y á la civilizacion; aunque este influjo en la legislacion ha reportado á la sociedad beneficios incalculables, y no parece posible que haya, no digo filósofo alguno, sino cabeza medianamente organizada que de aquí arguya crímenes, males, monopolios ni maldad alguna, sin embargo, es lo cierto que en esto como en todo lo demas se ha encontrado por hombres que se llaman ilustrados culpabilidad, y acusaciones contra el clero, y por lo tanto no debemos dejarlas sin aclaracion. Se ha dicho que este fué el gran despotismo del sacerdocio que así subyugó los tro-

nos, los minó é hizo servir á su capricho é intereses; y nosotros empeñados en ver en ese pensamiento todo lo contrario, le consideramos altamente humanitario, admirablemente social y en gran manera civilizador; ¿y saben por qué nuestros enemigos? Se lo diremos para sacarlos de cuidados. Porque él envuelve una de las mas bellas teorías que tratan ellos mismos de realizar: él es el orígen de una gran utopia que quieren vender como nueva los hombres del siglo XIX, y que sin embargo no realizarán en tanto que no pongan al frente de ella á la Iglesia, para que la lleve á término y la ponga en práctica. Mas.... veo la impaciencia que aguijonea la curiosidad, ya veo el deseo de saber cuál será esta idea, y por lo mismo voy á esplanarla: es, pues, el remedio de los horrores de la guerra que tanto se afana en conseguir la diplomacia, y que no los protocolos, sino la buena doctrina de la Iglesia, la verdadera idea de la virtud, la justificacion y la equidad evangélica es lo único que llegará á conseguirlo; así pues, fuera de toda duda es que no los políticos, ni los diplomáticos, sino los frailes y los clérigos son los llamados á plantearla, no por medio de notas ni conferencias, sino por la predicacion y direccion de las almas.

Siendo el emperador el gefe del reino y de la cristiandad se acercaba á pedir al pontífice la aprobacion de su eleccion, y entonces juraba en ma-

nos del clero observar las reglas de la justicia y las leyes positivas; cuando las violaban ó faltaban á la fé perdian todo título á la obediencia. Debemos no perder de vista estas circunstancias y tenerlas muy presentes, tanto mas, cuando ellas han sido el orígen de actos que son considerados por nuestros enemigos como arbitrariedades y usurpaciones de la santa sede, y sirven de ataques contra lo que llaman despotismo clerical é intrusacion pontificia; y nosotros en este particular, como en todos, amigos de la verdad y de la justicia, aducimos estas premisas para vindicar de tan crueles é inmerecidos ataques al clero, y para presentar estos hechos contra los que se lanza tanta odiosidad, como dignos de elogio y una de las mejores pruebas de los beneficios que el sacerdocio ha prestado á la humanidad y á la civilizacion.

Efectivamente, sin haber introducido entre los bárbaros y en su legislacion este poder regular de sus hechos, sus leyes se hubieran resentido del espíritu cruel que preside á todos los actos de la fuerza, y como dictadas por el espíritu de conquista hubieran sido arbitrarias, y como tales, todo menos justas y equitativas; pero una vez que el poder temporal supo que debia obrar en conciencia y que no era mas que el depositario de una autoridad cuyo propietario habia de residenciarle en su dia, tuvo que arreglarse á las leyes de equidad que se le marcaron como punto de

partida, cuya interpretacion y ciencia estaba sometida al sacerdote, y por consiguiente supo y se obligó á no oprimir ni vejar á sus administrados, á quienes estas leyes enseñaban á mirar como hermanos, y supo tambien que el clero en uso de su ministerio, era el defensor y el tribuno del oprimido, el que velaba por sus derechos y garantía su seguridad; y finalmente, supo que el clero, en cuyas manos prestara juramento, era el encargado de velar que no se quebrantase, y de todo resultó que el sacerdote tuvo la parte principal en la formacion de las leyes, y desde entonces la legislacion mejoró considerablemente, porque fué arreglada á los principios humanitarios del Evangelio que servia de base.

Entonces la cristiandad se convirtió en una vasta monarquía y sus príncipes veneraron á Carlo Magno como superior, y los infieles le trataban como al gefe de los creyentes. Así el poder real aspiró á una superioridad moral ante la cual, merced á la influencia del clero, cedió la superioridad de la fuerza, y el título de *Sacro imperio* dice bien claramente que el poder de la razon va á empezar, y que la civilizacion y la humanidad han de triunfar de la barbarie y de la crueldad por los esfuerzos del sacerdote. Desde este momento hay en la sociedad civil una tendencia á nivelarse y modelarse por la eclesiástica, á sustituir un órden legal á ese estado de cosas anárquico é inhumano